



NÚMERO ORDINARIO 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	PROVINCIAS: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50
		EXTRANJERO: año.	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27. Madrid.

ES DE JUSTICIA



El antiguo y entendido aficionado á nuestra fiesta nacional, conocido en el mundo taurómico por el pseudónimo P. P. T., ha iniciado en el excelente periódico *La Muleta*, de Sevilla, una acertada campaña contra el injustificable abuso que cometen los matadores de toros, abonando á los picadores y banderilleros que componen sus cuadrillas, unas cantidades mezquinas é insignificantes por el trabajo que prestan durante la lidia; y expone, pidiendo remedio á este mal, tales y tan convincentes razones, que nos creemos obligados á apoyar, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, el justo deseo del estimado colega, por más que como él estamos convencidos de que ni la defensa ha de ser agradecida, ni hemos de lograr el fin apetecido. Está muy arraigado el abuso por el transcurso del tiempo y por otras causas que exponemos, y es difícil luchar con buen éxito ante el egoísmo del que más puede.

Cien pesetas, ó doscientas cuando más, cobra un banderillero que no cesa de trabajar un momento, ayudando eficazmente al matador en todos los lances de la lidia, y exponiéndose á ser alcanzado por un toro tantas ó más veces que aquél: ciento cincuenta, ó á lo más trescientas, perciben por su penoso trabajo los picadores, que no parece sino que ganan esa suma á razón de un doblón por cada porrazo que sufren; y enfrente de esas cantidades, vemos colocadas las de tres mil á seis mil pesetas, que exigen á las Empresas los jefes de cuadrillas, para embolsárselas, con aquel pequeño descuento, que como mísera remuneración ceden á los compañeros, que no han tenido la suerte de llegar á ser espadas. La diferencia en el trabajo de unos y otros es digna de tomarse en cuenta indudablemente, y somos los primeros en reconocerlo; pero no con tal desproporción como la que hay entre unos y otros precios, que aparte del mérito, que desde luego concedemos superior en los espadas, allá se van los casos

de exposición constante y de peligros indudables.

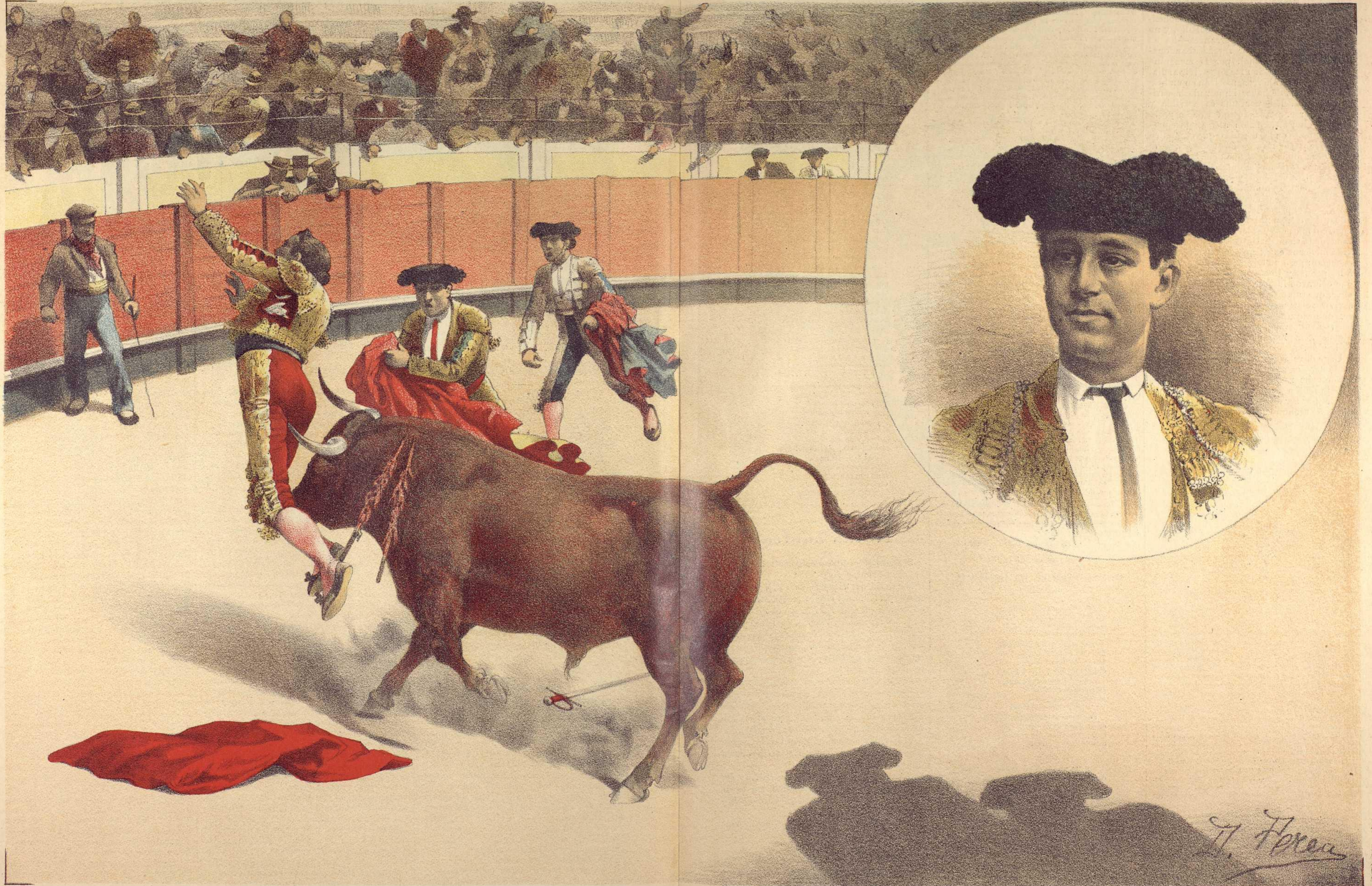
Cuando trabajaban por su cuenta, y sin dependencia directa del espada en este particular, los picadores del pasado siglo, ganaban mil quinientos reales por corrida, y á veces más, y los espadas el doble, ó sean tres mil reales á lo sumo; y si bien los chulos ó banderilleros de entonces cobraban próximamente lo mismo que ahora, siempre resultaba ser una sexta parte de la que su jefe percibía; de modo que estas retribuciones eran realmente proporcionadas entre sí, guardando perfecta armonía. Hoy, sin aumentar el salario de los picadores y banderilleros, antes bien, reduciéndole, ha tenido una escandalosa subida el de los matadores, que se han erigido en árbitros del destino de picadores y banderilleros, hasta el punto de que hay algunos á quienes arrojan, como de limosna, la *cuatrigésima* parte del sueldo del espada.

La principal causa que al referido estado nos ha conducido, es el gran número de gente joven que, llevada de sus aficiones y haciéndose la ilusión de que podrán subir al más elevado puesto que en el toreo se conoce, se lanzan á la arena, sin pensar, por de pronto, en el dinero que hoy puedan cobrar, ni en las cornadas que suelen recibir. Sobran muchos, y esa abundancia origina la baratura del género; porque los espadas, en vez de procurarse picadores y banderilleros de reconocida suficiencia, contentanse con uno de cada clase que les alivie en las faenas, é importánles poco los demás, en cuanto á su mérito, con tal que «tapen el agujero» — como en términos taurómicos se dice — sin desdecir notablemente unos de otros. Conociéndolo así varios toreritos de alientos, sin llevar un año de aprendizaje y sin haber saludado los primeros rudimentos del arte, se abalanzan al estoque y la muleta; se arrojan á matar ó á que los maten, y quieren, mejor que ganar en veinte corridas dos mil pesetas al lado de un maestro que les enseñe, cobrar esa suma por tres ó cuatro veces en que se ven actuando de matadores en novilladas. Y tiene disculpa ese proceder, por más que al arte taurino le perjudique extraordinariamente; porque se necesita man-

sedumbre para estar un hombre en una cuadrilla, siendo consecuente y gastando su juventud, para reunir cada año una cantidad que no excede en mucho á la que podría ganar en un oficio con gran tranquilidad; y para en caso de desgracia, sin esa asistencia casera que tantas lágrimas enjuga, pidiendo limosna si queda inutilizado, ó enterrado á costa de su jefe, que á son de bombo y platillo anuncia su generosidad. Al menos con buena conducta, y merced á mañitas y tranquilos, como matador en novilladas, puede adquirir un capitalito, que dicho se está no será de importancia, pero que puede ser bastante para establecer cualquier industria ó comercio donde concluir sus días; por este lado, lo que gana el individuo lo pierde el arte.

Otra de las causas que más contribuyen al abuso que estamos combatiendo, es el modo de conducirse las Empresas en los ajustes que celebran con los jefes de cuadrillas. Hay tanto que decir en este punto, en pro y en contra, que no bastarían las dimensiones que forzosamente hemos de dar á nuestros artículos, para apuntar hechos y razones que á nuestro fin sirven de apoyo; por eso hoy — y sin perjuicio de en adelante volver al asunto — no hemos de decir más que de otra manera y en otras condiciones se hallaría hoy el toreo, si no se hubiese abolido la facultad que tuvieron siempre las Empresas de señalar nominalmente á los espadas, quiénes eran los que aceptaban como picadores y banderilleros de entre los que se la proponían. Ese derecho de elección surtía siempre buen resultado, y sabido es que ha habido ocasiones en que por ver á un banderillero notable, ha sido ajustada la cuadrilla en que figuraba; otro tanto sucedería con los picadores si se hiciesen notables, que ahora mismo Pepe Bayard, por ejemplo, cuyo carácter independiente no le permite someterse á la subordinación de un espada, fuera del ruedo, es llamado con empeño por las juntas de Beneficencia y por los Empresarios que comprenden sus intereses, y quieren complacer al público. Pero de esos peones y jinetes, hay muy pocos, porque la ignorancia en unos, la soberbia en otros, y la indolencia en los más, les hace quedarse sin

LA LIDIA



adelantar en determinado punto, cuando ya han tenido la fortuna de ingresar en una cuadrilla regular. Van viviendo, fachen-deando y con un duro en el bolsillo, y no piensan en que—salvo percances—ha de llegar época en que por fuerza abandonarán el oficio, en el cual, por lo mezquino del salario, no pueden más que vivir al día, y como no hay ahorros, morirán en un hospital, después de haber impetrado la caridad pública. Ese porvenir es horrible y debe evitarse, poniendo todos de su parte buena voluntad, afición al trabajo y desprendimiento en los espadas; que el público no puede pagar más de lo que paga, y el que cobra mucho es el que debe dar.

Injustos seríamos si quisiéramos que los espadas percibiesen hoy las mismas cantidades que en el siglo pasado cuando cobraban doce duros y medio por matar cada toro, y en el presente, hasta hace cuarenta años, dos ó tres mil reales por estoquear cuatro ó más; eso no: los tiempos son otros, la moneda tiene distinta apreciación, y la vida moderna exige gastos que antes no se conocían; pero no es menos injusto sujetar á los peones y jinetes á percibir lo mismo que cobraron los que trabajaban hace cien años, que también ellos se hallan obligados á vivir relativamente como los demás, y con el mezquino estipendio que los espadas les tienen asignado, difícilmente pueden atender á las más perentorias necesidades de la vida.

Urge el remedio; y nosotros apelamos á los generosos sentimientos de los matadores de primera fila, para que, en conciencia, procuren atender á sus compañeros, que no por ser de inferior categoría, tienen menos derecho á una recompensa proporcionada á los peligros del toreo.

J. SANCHEZ DE NEIRA.

NUESTRO DIBUJO

COGIDA DE FABRILLO EN JÁTIVA



Tres años hará próximamente que, en el núm. 4.º del IX de esta publicación, correspondiente al 28 de Abril de 1890, ofrecimos á nuestros favorecedores el retrato del conocido diestro valenciano Julio Aparici (Fabrillo), acompañado de las oportunas notas biográficas hasta aquella fecha. Llevaba entonces un año justo de alternativa, y puede decirse que estaba comenzando su carrera.

El tiempo transcurrido no es tan considerable que permita juzgar al referido lidiador de una manera definitiva, y dar como completa su personalidad taurina, máxime tratándose de uno de los espadas más jóvenes y que tienen todavía un horizonte muy dilatado ante sus ojos; sin embargo, en los tres años referidos, el nombre y la reputación de Fabrillo han ganado mucho, y ha ido progresivamente formándose su cartel, que si no resulta hasta ahora de primera magnitud, no por eso dejó de ser ya envidiable, augurando á la par mejores éxitos para en adelante.

Como torero regional que rebasa los límites de lo vulgar, dicho se está que en el territorio valenciano ha ido despertando interés creciente, favoreciéndole sus paisanos, con la preferencia sobre cualquier otro torero de su categoría, teniendo, por lo tanto, vinculadas muchas de las Plazas de la parte de Levante, en las que no se organiza una fiesta taurina sin su concurso. Pero su esfera de acción no ha sido ensanchada solamente por el regionalismo; ha traspasado estos límites, extendiéndose por la Península; y las Castillas, Cataluña y Andalucía principalmente, han acogido con aplauso en sus Circos el trabajo del diestro valenciano. Es decir, que ha conseguido en esa excursión, que pudiéramos denominar de propaganda, alternar dignamente con la mayoría de sus compañeros, sin pesar para nada la nota disculpable del paisanaje.

Débase este favorable resultado, á que sus cualidades de valor y serenidad, que apuntamos desde luego en la ocasión á que arriba nos remitimos, no han amenguado en lo más mínimo; habiendo contribuido de otro lado la práctica al mejoramiento de aquéllas para las que es necesaria é indispensable.

En estas circunstancias, Fabrillo venía haciendo su estimable campaña, sin contratiempo de monta que lamentar, cuando en la presente temporada, tan ruda para la gente de coleta, le tocó también su turno, en la imponente cogida que hoy reproducimos....

Para el día 29 de Junio último, anuncióse en la ciudad de San Felipe de Játiva, una corrida de toros de muerte, en

la que habían de lidiarse seis de la ganadería de los señores D. Basilio de Peñalver y hermanos, de Zahara (Cádiz), por las cuadrillas de Fabrillo y el Torerito. Con mediana concurrencia, compuesta en su mayoría de aficionados de la capital del Turia, dió principio la fiesta, apareciendo el primer cornúpeto, llamado *Gargantillo*; castaño, de mucho poder, y revelando en lo corto de cuerna, ser mogón y habérselo arreglado las astas sacándoles punta. Al primer pu-yazo se declaró cobardon y buzy, y aunque Fabrillo se abrió de capa, dándole cuatro lances en poco terreno, y haciendo arrimarse á los picadores, no consiguieron que entrara en suerte, mandando tocar el Presidente á banderillas de fuego, en vista de su mansedumbre, clavando Cayetano dos pares, que no arrieron, y Pajalarga, medio, que le chamuscó un poco la piel.

Fabrillo, de grana y oro, con cabos negros, se dirigió al bicho, que conservaba facultades, y solo y de cerca le dió siete pases por alto, uno natural y tres con la derecha, señalando un buen pinchazo en hueso, con desarme. Siguiéron cuatro pases más y una corta, bien señalada, pero tomando también hueso, sacudiendo el toro el estoque contra las tablas, y arrancándose á la vez contra el diestro, que salió corriendo, pero no muy velozmente, en la confianza de que no continuaría la carrera; más el buzy adelanto, alcanzando al espada, le empuñó con el asta izquierda, lo elevó sobre el testuz y lo volvió á dejar de pie en el suelo. El diestro se echó mano á la herida y corrió hacia la enfermería; y no habiendo en ella más que arnica, tuvo que ser trasladado á la fonda, donde se le hizo la primera cura. La corrida continuó con la desanimación consiguiente, matando el Torerito los seis toros.

Reconocido el herido, resultó con una cornada en la margen anal, paralela á la dirección del recto y espacio isquio-rectal de 17 centímetros de profundidad, que no interesó el recto, pero que desgarró los tejidos inmediatos, de muchísima gravedad por su magnitud y situación; teniendo el espada que permanecer en Játiva, por prescripción facultativa, á pesar de haberse iniciado desde los primeros momentos, dentro del estado grave, una mejoría satisfactoria. Esta continuó acentuándose más cada vez, permitiendo á Fabrillo su pronto regreso á Valencia, y tranquilizando los ánimos de los aficionados y sus amigos, fuertemente impresionados por tan desgraciado accidente.

Quitó á Aparici este lamentable suceso algunas corridas ajustadas, pero le permitió en cambio apreciar muchas y señaladas muestras de interés y simpatía, á las que ha correspondido, circulando á la prensa el siguiente comunicado, que también hemos recibido é insertamos á su ruego:

«Sr. Director de LA LIDIA. Madrid. — Muy señor mío: Restablecido casi por completo de la herida que sufrí en la Plaza de Toros de la ciudad de Játiva, y no siéndome posible dar las gracias personalmente á cuantas personas se han interesado por mi salud durante el curso de la enfermedad que aquella desgracia me ocasionó, cumpíeme el hacerlo por medio de la prensa, á la que tantos favores debo, agradeciendo á todos las expresivas manifestaciones de simpatía que les he merecido, y á quienes reitera desde el fondo de su alma la más sincera muestra de gratitud y afecto que les profesa s. s. q. b. s. m., Julio Aparici (a) Fabrillo.»

Contándonos en el número de los que celebran dicho restablecimiento, deseamos al aplaudido espada que sea ésta su última cogida, y que halle su justa compensación en gloria y provecho.

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

ASÍ SE ESCRIBE LA HISTORIA

Presidió aquella función un caballero formal, célebre por su afición á la fiesta nacional.

Y al saber que no era rana, fiado en su inteligencia, acudió de buena gana el público á la querencia.

Era del Duque el ganado; estoqueaba Frascuelo; el caíor no era pesado y estaba radiante el cielo.

Con tales antecedentes es ocioso el advertir qué presagiaban las gentes que se iban á divertir.

Salió un bicho bravucón, de esos que á Cristo hacen polvo sin darle la bendición ni decirle *ego te absolvo*,

é hizo buenas sus bravatas de tal modo, que al minuto no había en sus cuatro patas en el redondel un bruto.

¡Qué manera de caer la andante caballería! En el pueblo.... ¡qué placer! ¡Qué miedo en la infantería!

Los reservar, achantados sin salir de los corrales; los lidiadores, lidiados, y el toro dando señales de dejar memoria amarga de su paso por la arena.

¡Dios no le echaba una larga! ¡Buena fiera! pero ¡buena!

El bromazo era pesado; ninguno al ruedo salía, y el pueblo estaba abroncado y se iba acabando el día.

—¡Pero, señor Presidente! ¡Picadore! ¡picadore! — Y el soberano impaciente pasó á palabras mayores.

—¿Qué le ocurre á su mercé? —¡Al corral el concejal! —¡Morra! —(Es decir, no fué precisamente morral.)

Y entre tanto, el Presidente, con una calma feroz, oía impávidamente escándalo tan atroz.

Para evitar el desorden que iba del mismo á la grupa, con mucho miedo y más orden repitieron los de aupa;

y al salir al redondel le volvieron á medir, siendo aquello una Babel sin trazas de concluir.

Por fin, un espectador que estaba en la Presidencia, un poco por propio amor, y otro poco por prudencia,

se decidió á aconsejar á la eminencia taurina, que tratara de cortar tan horrible sarracina;

y aun á trueque de un bufido del Presidente eminente, se acercó y dijo al oído del calmoso Presidente:

—¿A usted le parece justo que pase aquí lo que pasa? ¡Le van á dar un disgusto tan grande como una casa!

En suma: que el concejal lo hizo en aquella ocasión rematadamente mal —dicho sea con perdón—

y la eminencia taurina no fué á dormir al Modelo.... por providencia divina; ¡pero quedó por el suelo!

Y al otro día una publicación acreditada, salió con esta pitada: «Los toros.... ni fá, ni fú. La Presidencia, acertada.»

EDUARDO DE BUSTAMANTE.

Notas sueltas

El estado de los diestros últimamente lesionados, es bastante satisfactorio.

Mazzantini, que ha pasado unos días muy molestado por los fuertes dolores producidos por las contusiones que recibió al saltar un toro la barrera en la última corrida de Valencia, y por una considerable inflamación facial, se encuentra muy mejorado, y ha podido manifestar personalmente su agradecimiento á muchas personas que se han interesado por su salud.

La cogida de Lagartija, en Lisboa, que, según los primeros partes de dicha capital, aparecía como gravísima, no es de tanta consideración, según manifestación del mismo interesado, que se encuentra ya en Madrid, adelantando en su curación.

El aplaudido banderillero Manuel Rodas, se restablece rápidamente, y dentro de pocos días estará en disposición de volver á la lidia.

Lagartijillo, fué cogido en Huesca el día 10, por el sexto toro de Ripamilán, recibiendo una herida en el muslo derecho, de 8 centímetros de longitud y de pronóstico reservado.

Deseamos el alivio de este último, como celebramos el de los tres primeros.

* *

El miércoles y jueves próximos, se verificarán en Ciudad Real las dos corridas de feria, lidiándose en la primera ganado de D. Vicente Martínez, por las cuadrillas de Cara-ancha y Jarana, y en la segunda de Palha Blanco, por Cara y el Torerito.